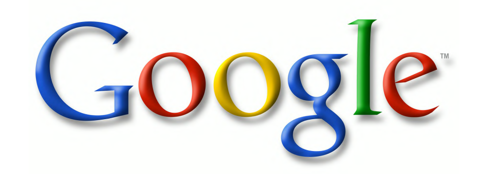
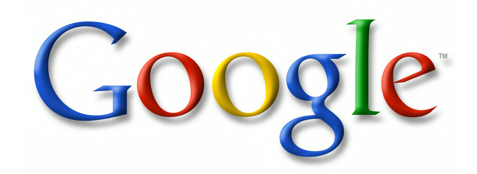
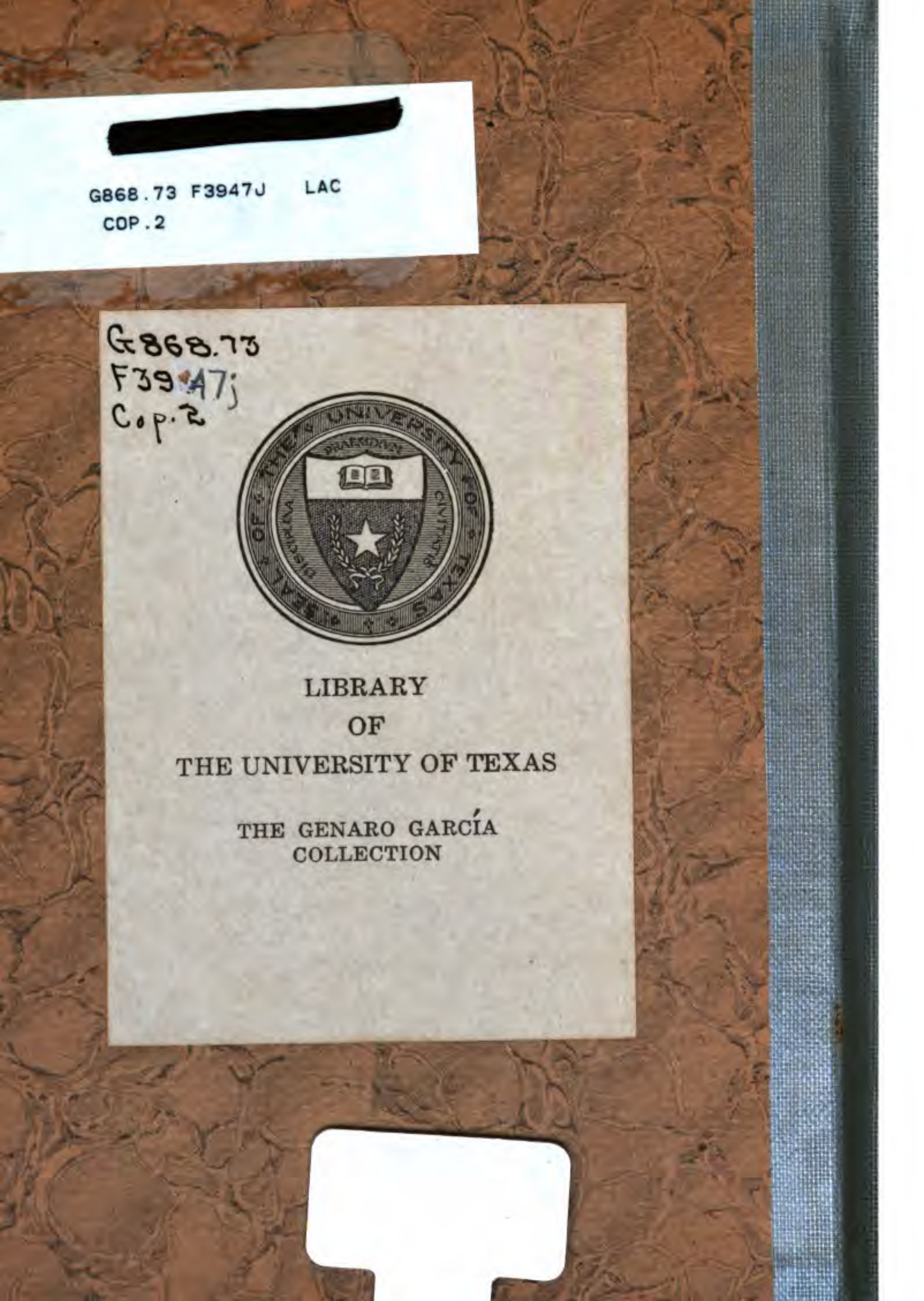






JESUS

Poema religioso.

(INÉDITO)

DE

D. JOSE FERNANDEZ DE LARA



CON LA APROBACIÓN ECLESIÁSTICA.

PUEBLA

IMPRENTA DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

1896



José Fernández de Lara.

II.

poetas." Nacido para el arte en él encontró su encanto, él formó su misión y constituyó su ideal.

Genio, erudición, delicado talento literario, memoria verdaderamente portentosa: tales eran las envidiables dotes que favorecían á nuestro fecundo y galano escritor, dotes que en él reconocieron y admiraron cuantos han leído sus producciones ó escucharon su fácil é instructiva conversación.

Los sentimientos más nobles tenían cabida en su alma generosa, su poderoso cerebro respondía á ellos con las más elevadas ideas, y de su pluma brotaban, para traducirlas, las palabras más expontáneas y luminosas.

Excelente amigo y amante de su familia hasta el exceso, siempre vivió entre los suyos encerrado en ese tibio y cariñoso círculo que, aunque parezca estrecho á los que dejan sus lares por lanzarse buscando en la tierra un más allá, forma toda la ambición de quien fiel á las tradiciones de sus mayores, solo halla su placer en la tranquilidad doméstica.

Y no obstante ese retraimiento en que nuestro poeta se hallo encerrado, como la perla en su concha, su nombre y sus escritos son conocidos en toda la República y aun en el Extranjero y de él se han ocupado favorablemente personas que en el terreno literario son verdaderas eminencias.

El popular escritor D. Guillermo Prieto, escribiendo acerca de Fernández de Lara, se expresaba en estos términos: "es la naturaleza generosa, que vive del ageno mérito; es el animado templo en que tienen culto todas las que cree glorias nacionales. Posee una prodigiosa memoria. Sus versos se distinguen por su expontaneidad suma, y por una ternura que nada debe á la premeditación ni al deseo de agradar. La alabanza, el apostolado, la noble paternidad del bien, con los jóvenes que ensayan sus fuerzas literarias, nadie la ejerce como Fernández de Lara."

El tierno y aplaudido cantor del hogar, el inspirado Juan de Dios Peza le profesaba grande cariño y lo calificaba de "un

soñador muy bondadoso; un niño en el carácter; un romántico sin hiel en la lira ni en el corazón."

En el Almanaque de Arte y Letras del infatigable é inteligente escritor D. Manuel Caballero, es apreciado, como "galano poeta y fácil improvisador."

José Fernández de Lara nació el 18 de Febrero de 1846 en esta Ciudad de Puebla y no en San Andrés Chalchicomula, segun se ha creído, por haber transcurrido su infancia en este último lugar.

Desempeñó en distintas épocas varios y honrosos cargos, como Agente del Ministerio Público, encargado de la Biblioteca Palafoxiana y del Archivo del Ayuntamiento; fué electo Regidor en cuatro períodos y, en uno de ellos hizo el nuevo Pórtico del Teatro Guerrero. Fundó las Sociedades "Ruiz de Alarcón" y "Rodríguez Galván;" fué miembro de varias asociaciones mutualistas y literarias y colaboró en numerosas publicaciones periódicas.

Dejó varias obras inéditas, entre las cuales se encuentra una série de preciosas fábulas, algunas leyendas históricas de la ciudad Angelopolitana, varios trabajos dramáticos, de los que algunos quedaron sin concluir, innumerables composiciones poéticas y el religioso poema, que hoy damos á la estampa.

Minada su vigorosa constitución por grave enfermedad, como consecuencia de ella, se le presentó un *antrax maligno* y despues de peligrosísima operación para extirparlo, el dia 13 de Marzo de 1895 al mediar la tarde, cerró los ojos á la luz del dia el fecundo é inspirado poeta y cariñoso amigo nuestro.

¡Grata le sea, en el lugar que ocupa de eterno descanso, la publicación que hacemos de una de sus más estimables producciones!

Ignacio Perez Salazar.

Puebla, Octubre 24 de 1896.

JOSE FERNANDEZ DE LARA.

HACE apenas poco más de un año, que el inolvidable poeta y querido amigo nuestro, JOSÉ FERNANDEZ DE LARA, pagaba su tributo á la Naturaleza desapareciendo de este Mundo, en medio de la tristeza y aflicción que su sentida muerte produjo en nuestra sociedad.

Acostumbrados á su trato ameno y atractivo y á escuchar de sus labios palabras de consuelo, de cordialidad y de cariño, su fallecimiento, acaecido cuando menos se esperaba, produjo en nuestra alma una impresión de tristeza imposible de describir, y en las letras pátrias un vacío dificil de llenar.

El poeta á quien nos estamos refiriendo fué demasiado conocido en toda la República: sus cantos, impregnados de sentimiento y ternura y llenos de vigor é inspiración, despertaron el entusiasmo y la fé en los lectores ávidos de saborear las bellezas contenidas en esas hermosas y sentidas composiciones, consagradas al amor, á la Patria y á la Libertad.

Fecundo y gallardo poeta, no menos que castizo y elegante escritor, produjo bastante su númen fecundo así en prosa como en verso; y de entre ese cúmulo de brillantes producciones que forman el más preciado monumento para su fa

ma de pensador profundo y de obrero incansable de la ilustración, descuella, en nuestro humilde concepto, el poema intitulado *Jesús*, que dejó inédito y acerca del cual nos vamos á permitir el aventurar unas cuantas palabras.

* * *

Somos admiradores entusiastas y decididos de esas obras de arte, en que resplandecen y se ostentan magestuosamente las dotes excelsas del talento, del génio y la inspiración: la manifestación de las ideas por medio de la poesía, exalta nuestros afectos, enardece nuestras creencias, aviva nuestros recuerdos, y predispone nuestra alma para las dulces y tiernas expansiones de la idealidad y el sentimiento.

Careciendo de estro poético, es decir, de esa prodigiosa facultad para reproducir por medio de la palabra rimada, las sensaciones que despierta en nuestro espíritu el espectáculo magnífico de la Naturaleza, nos contentamos con ver y admirar por medio de la imaginación y el pensamiento, lo que produce el genio en sus más hermosas y espléndidas lucubraciones.

La Iliada, *La Eneida*, *La Divina Comedia*, *El Paraíso Perdido*, *La Jerusalem libertada*, *El Fausto*, serán en todo tiempo, y entre las obras de su clase, monumentos grandiosos á la vez que testigos elocuentes del saber y la cultura humana: el nombre de sus esclarecidos autores pasará al través de las edades circuido por raudales de luz, y el fruto de esos sus amargos desvelos y de sus interminables vigilias, servirán á la humanidad de celeste faro que lá alumbre y dirija en su penosa peregrinación por este valle de miserias ....

El poema *Jesús* encierra bellezas que nos conceptuamos incompetentes para juzgar: la vida de ese *Sér misterioso* en quien se compendian todas las perfecciones, está descrita magistralmente, y el sentimiento de infinita complacencia que se experimenta al recorrer esas páginas llenas de amor y piedad, de sentimiento y ternura, trae á la memoria aque-

VI.

lla época legendaria en los anales del progreso y la cultura humana, durante la cual y mediante el sacrificio del *Justo*, el hombre entrevió su rehabilitación, la conciencia humana se consideró libre de ataduras, y el Mundo presenció atónito el advenimiento de una nueva *Era* abundante en bienes para la causa santa de la civilización.

JESUS, esa figura divina, amorosa y eminentemente sublime, será siempre y en todo tiempo el grandioso ideal de las almas que creen, que sufren y que esperan: el drama del Calvario será el digno ejemplo que ofrecerse pueda á la fé que dude, á la esperanza que vacile, á la fraternidad que se amortigüe; por lo tanto, para narrar esa vida sin mancha y presentar á la admiración de las generaciones los rasgos salientes de esa existencia admirable, era necesario hacer uso de ese don maravilloso á que se dá el nombre de poesía, *de esa bella imitación de la naturaleza, de la naturaleza física y moral, de la naturaleza animada por el soplo de Dios, vivificada por su aliento, fecundizada por su amor, iluminada y embellecida por los destellos de su esplendor inextinguible.* ...

Para describir la vida del egregio Reformador de la Judea, ó más bien, para narrar de la manera debida los rasgos salientes de esa augusta personalidad, era preciso el empleo de un dialecto conocido solo de esos séres privilegiados que pasan por el mundo avasallando á las multitudes, deslumbrando con la mágia de su palabra, y sembrando por todas partes el fecundo gérmen de la moral, de la virtud y la filantropía.

Para dar cima á ese trabajo portentoso, era indispensable recorrer con atención insólita las páginas edificantes del Evangelio, tan llenas de unción, y escritas en un lenguaje armonioso impregnado de cándida sencillez, de indecible encanto y de arrebatadora y exquisita sensibilidad.. .....

Se necesitaba además, leer la Biblia, esa fuente de bellezas á la vez que rico tesoro de enseñanzas; y en álas de la ciencia asistir á la formación de la Tierra que salió del cáos, y después de una larga y laboriosa evolución apareció adornada con todas las galas y atavíos de una rica y exuberante Primavera, para llegar á ser la morada del hombre, ó sea del soberano Rey de la Creación........

VII.

Sería urgente conocer la existencia de las primeras sociedades, y después acompañar á los pueblos en su penoso camino al través del tiempo, hasta venir á sentarse después de amarguras y padecimientos sin cuento al gran festin de la civilización ... ...

Pues bien, todo lo tuvo presente el poeta para poder llevar á cabo su cometido; y por eso su obra constituye un exquisito trabajo, que sea cual fuere el punto de vista desde el que se le juzgue, será visto con satisfacción y beneplácito por todos aquellos que amen lo bueno, que se inspiren en la verdad, y rindan ferviente culto al talento, al mérito y á las esplendentes manifestaciones de la inteligencia.

Amor, veneración, gratitud, cuanto de noble y elevado puede producir el corazón humano, todo se encuentra en abundancia en la producción interesante á que nos estamos contrayendo: el alma del poeta, sensible y ardorosa, vertió torrentes de inspiración en esas páginas que son también un gemido de dolor, un tierno suspiro de melancolía, un cuadro deslumbrador, un eco de pasiones generosas, y en suma, un hermoso trasunto de las armonías del Universo.

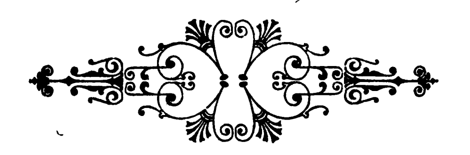
Atentos sólo á las bellezas de la ejecución y á lo delicado del asunto, nada diremos de sus defectos, que como obra humana debe tener; esa ingrata tarea la dejamos á los críticos para quienes nada hay perfecto, y encuentran singular complacencia en deprimir á aquellos que sobresalen de la talla común, por sus conocimientos, su instrucción y sus virtudes.

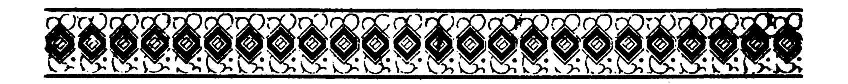
Subyugados en presencia de ese cuadro tan completo, y seducidos por la idea que precedió á su formación y que tuvo un desarrollo tan brillante, discernimos el premio de nuestra admiración sincera, y lo colocamos humildemente sobre el pedestal de gloria que contiene el recuerdo del vate querido á quien hicieron notable, nó la grandeza de ridícula alcurnia, ni los favores de esa hada caprichosa que se llama fortuna, ni la vanidad de una posición deslumbradora casi siempre mal adquirida, sino la rectitud de miras, la pureza de intención, la excelencia de su númen poético, y sobre todo, la elevación de una alma siempre noble y generosa,

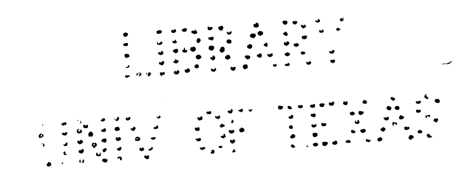
abierta siempre para el bien y templada al fuego de las grandes y seductoras pasiones.

Adoradores de cuanto existe grande, quisimos prestar un servicio á las letras patrias, ayudando en nuestra insignificancia á la publicación de una obra que viene de seguro á enriquecer la literatura nacional, agregando un laurel más á la corona de luz que ostenta sobre su frente radiante, esa diosa de la hermosura, esa hurí de belleza deslumbradora que se llama Puebla, la mansión del genio, la morada del Arte, y sobre cuyo recinto alfombrado de flores, rodaron las cunas de un Manzo y un Zendejas, de un Lafragua y de un Jiménez de las Cuevas.

Miguel Galindo y Galindo.







I.

JESUS.

SONETO.

Sin leyes y sin fe la raza humana
Se entregaba á deleite vergonzoso,
Y al abismo bajaba tenebroso
De la execrable corrupción romana.

De Nazaret en la extensión lejana
Y en un establo mísero y ruinoso,
Un Ser nace, sublime, prodigioso,
Que la vuelve á la gracia soberana.

Junto á su cuna el angel se arrodilla,
Dá vida al cuerpo que la parca hiere
Y ruega, al espirar, por quien le humilla.

El mundo en vano humanizarle quiere.
Necios! no es hombre quien tan alto brilla.
Solo un Dios así vive y así muere.

II.

NATIVIDAD.

Cae nieve en gruesos copos
Blanqueando el triste suelo,
Y soplan con sordo ruido
Fríos, desatados vientos.
El ave no halla un refugio,
Sino en el robusto cedro;
Donde antes tuvo un palacio
Es descarnado esqueleto.
Busca la triste espirante
Algún calor en su cuerpo,
En vano junta sus alas,
La mata el rigor del hielo.
La ciudad calla; entregados
Sus habitantes al sueño,
La choza humea silenciosa
Y está el camino desierto.
A intervalos, vigilante,
Se oye el ladrido del perro,
Que se pierde en la distancia
Con el balar del cordero.
Diciembre reina, y la noche
Tendió su frígido cetro
Hundiendo la Palestina
En la sombra y el misterio.

Belen, como masa inerte
Se percibe allá á lo lejos,
Y solo en portal humilde
Que está en mitad del sendero
Abandonado y ruinoso,
Brilla un fulgor macilento.
¿Quiénes lo encienden? ¿Quién osa
En su solitario centro
Arrostrar, sin muro alguno,
Las inclemencias del cierzo?
Es una Vírgen, más pura
Que el alba sobre los cielos;
Un anciano venerable,
Y un niño gracioso y bello,
Que tirita entre las pajas,
Apasible sonriendo.
Dos animales postrados
Le dan calor con su aliento,
Y en un pesebre se aduerme
En pobres fajas envuelto.
¡Ay! en vano por doquiera
Posada humildes pidieron,
Nadie la dá á la desgracia,
Nadie abriga al desconsuelo.
¿Quiénes son? Pronto sin duda
Lo va á decir un portento;
Porque el cielo se ilumina
Con deslumbrantes destellos:

La cortina azul se rasga,
Y bajan del firmamento
En escala luminosa,
Cual la que Jacob vió en sueños,
Legiones de ángeles puros
Que cantan con dulce acento:
"¡Gloria á Dios en las alturas
Y paz al hombre en el suelo!"
Sobre el portal se desprende
La aurora con sus reflejos,
Y la Gloria misma viene
A aposentarse en su seno.
Astro de incógnita marcha
Sobre él detiene su vuelo;
Y siguen luces y cánticos
Poblando alegres los vientos.
Los pastores atraídos
Por un aviso supremo,
Abandonan sus ganados
Sin temor al lobo fiero;
Y ante el pesebre, de hinojos,
Van á ofrecer con respeto
La leche de sus ovejas,
Las lanas de sus corderos.
¡Dios ha nacido! Ese niño
Es el rey del firmamento
Que toma la humana carne
Para vencer al infierno:

Es el Mesías prometido
Por los profetas excelsos
Que viene á quitar del hombre
De la culpa el borrón negro.
Viene á pagar con su sangre
De nuestros padres el yerro,
Y á abrir á sus tristes hijos
Las régias puertas del cielo.
Tierra, alégrate, collados
Saltad con grato embeleso,
Patriarcas regocijaos,
Humanidad cobra aliento;
La Redención está cerca,
Sin fuerza el Dragón soberbio,
Y Dios, hecho hombre, te salva
Con su sacrificio inmenso.
La noche media; el infante
Duerme en el seno materno;
La Virgen sonríe amorosa,
Los ángeles en silencio
Ven á su eterno Monarca
Rendido á un descanso tierno.
Los pastores lentamente
Se van hablando muy quedo
De las altas maravillas
Que, para su dicha, vieron;
Y solo el astro explendente
Sigue brillando sereno,

Como indicando á los hombres
Que es el faro único y cierto
Que en las tormentas del mundo,
Y en sus recios elementos,
Conduce al lugar ansiado,
Conduce al seguro puerto,
Que es el portal donde nace
El hijo del carpintero,
El legislador del mundo,
El gran Hacedor Supremo,
Ante el cual las glorias todas
Y las grandezas del suelo,
Son polvo, escoria, ceniza,
Que apenas nacen, murieron.

III.

CIRCUNCISION.

SONETO.

Apenas ha nacido el inocente
Que toma sobre sí nuestros errores,
Cuando empieza el gemir de los dolores
A escucharse en su labio balbuciente.

Horrible ley que cúmplese inclemente,
Lo entrega del acero á los rigores,
Y, cual lluvia estival moja las flores,
Mancha su blanca tez, sangre caliente.

Anuncio es de esa sangre redentora
Que correrá del Gólgota en la altura
Para consuelo eterno del que llora.

Y luego, ley de amor y de dulzura,
Extenderá su influencia bienhechora
Que siempre ha de lucir serena y pura.

IV.

EPIFANIA.

¿Qué estrella en el cielo
Se mira brillar?
Sus rayos tan puros
De luz son un mar.

Jamás en la esfera
Tal astro se vió.
Sin duda algo anuncia
Su claro fulgor.

VOZ 1ª

Absorto miro descollar radiante
Astro puro y brillante
De claridad tan inefable y bella.
Tal vez anuncia el fausto nacimiento
De un divino portento
Que las promesas celestiales sella.

VOZ 2ª

¡Mirad! en ondas de plata
La estrella tiembla y se agita,
Mientras su cauda bendita
Por los cielos se dilata.
Como blanca catarata
Fulgura en la oscuridad,
Vacila, y su claridad
Como caminando avanza,
Nos llama, corre y se lanza
Soberbia en la inmensidad.

VOZ 3ª

Marchemos; hácia el Oriente
Vivaz lucero rutila;
Su luz radiante, intranquila,
"Marcha," parece decir.
Sigamos su curso errante,
Y en más remoto hemisferio
Grande y sublime misterio
Nos conduzca á descubrir.

—

Parten... En numerosas cabalgatas
Dejan las tierras que nacer los vieron,
Abandonan su espléndido palacio,
Y buscan el prodigio que entrevieron
Del astro en los destellos de topacio.
Se reunen, las sendas más contrarias
Conducen á los reyes peregrinos;

Hablan, discuten opiniones varias
Y deciden al fin, que un Dios ó un hombre
De inmensa magestad y poderío,
Al mundo vino en el invierno frío,
Y que ese astro inmortal, ese portento,
Es heraldo feliz del nacimiento.
"Llegamos ya," se dicen, "¿pero dónde
Está el augusto albergue, digna cuna
Que al gran monarca ó la deidad esconde?
En vano en el Egipto le buscamos
Sobre sus obeliscos arrogantes,
O en la frente elevada
De sus altas Pirámides gigantes.
En el templo grandioso de Solima,
De Ménfis en las plazas opulentas,
Del Himalaya en la altanera cima
Le buscamos también; pero su rastro
No apareció brillante á nuestros ojos;
¿Acaso tuerce su carrera el astro,
O camina no más á sus antojos?
Aquí no hay un palacio ni un asilo
Digno del Rey de reyes,
Del que desde el Ocaso hasta el Oriente
Ha de dictar sus inmutables leyes.
Un portal miserable, un niño hermoso,
Animales postrados; pajarillos
Sobre el pajizo techo piando ufanos,
¿Son estas ruinas sitios soberanos?

Nos engañas, estrella; hay que volvernos
A proseguir sin tregua la jornada,
Hasta encontrar del rey venido al mundo
La suntuosa morada."

El astro lanza vívidos fulgores
Respondiendo al osado pensamiento
Y en lo alto truena con potente empuje
Un celestial acento
Que á los reyes les dice:—"De rodillas;
Este es el sitio en que el Ungido nace;
Admirad las eternas maravillas,
Y á este niño que duerme dulcemente
Dadle cuanto presente
En vuestras arcas para el rey se encierra;
¡Es el Señor del cielo y de la tierra!"

VOZ 1ª

Señor, tú que, reinando triunfante en las edades,
Ves á tus piés divinos rodar las tempestades
Que imperios y naciones arrastran sin piedad,
De tu persona augusta para mayor decoro
Recibe, cual tributo de mi respeto, el oro
Que en nuestras minas pone tu excelsa Magestad.

VOZ 2ª

Tu trono levantado sobre irisadas nubes,
Los coros inmortales de célicos querubes

Dejaste por la vida mezquina del mortal.
Por eso de la Arabia la mirra vengo á darte,
Amarga, como el cáliz que ingrata ha de brindarte,
La raza de quien lavas la culpa original.

VOZ 3ª

Del cielo descendiste para salvár al hombre,
¡Bendito para siempre tu Omnipotente nombre,
Señor de los señores, magnífico Jehová!
Y deja que á tus plantas el derretido incienso
Derrame sus perfumes, en testimonio inmenso
Del culto con que el mundo tu nombre adorará.

V.
HUIDA A EGIPTO.

La Santa Familia
Doliente se aleja
Del suelo querido,
Do en calma naciera.
¡Adios la casita
Que humilde blanquea,
Cual mansa paloma
Dormida en la yerba!
Adios alta encina
Cuya sombra fresca
Mitigó la llama
De la ardiente siesta!

¡Adios las montañas
Que al cielo se elevan,
Los risueños valles
Que á Nazaret cercan!
El desierto extiende
Sus anchas arenas,
Y hay que atravesarlas
En veloz carrera;
Porque el cruel Herodes
Dar la muerte intenta
Al hermoso niño
Que nació en Judea.
Monarca le aclaman
Caravanas régias
Y el feroz tirano
Por su cetro tiembla.
Siempre el despotismo
Abre á la sospecha
El marmóreo pecho,
Se acongoja, vela,
Y con sangre pura
Que vertió su diestra,
Cree afirmar un trono
Que al abismo rueda.
¡Cuántos inocentes
Vieron su existencia
En la sombra hundida
De la noche eterna!

¡Cuánta pobre madre
Su íntima querella
Levantó al soldado
Sin hallar clemencia!
Voz de angustia en Roma
Por los aires suena;
Es Raquel que llora
Las queridas prendas.
¡Pobre niño errante!
¡Pobre Vírgen bella!
Recorriendo tristes
Polvorosas sendas,
Ignorados sitios,
Angostas veredas,
Do la humana planta
No imprimió su huella.
Ya la dulce patria
A la espalda dejan,
Y en vano la busca
Su mirada incierta,
Volviendo la cara
Con ternura inmensa.
Sus vagos contornos
Se pierden, se alteran,
Y al cabo se borran
En obscura niebla.
Ya el Egipto altivo
A mostrarse empieza,

Con sus grandes templos
Que el error sustenta;
Pero antes la vasta
Soledad eterna,
Del desierto horrible,
Muda les espera.
Ya el *simoun* levanta
Polvareda densa,
Preñada de muerte,
Cuyo aliento quema.
El sol lanza á plomo
Su abrasante hoguera;
Y la sed, el labio
Furiosa atormenta.
Ni corriente escasa,
Ni gentil palmera
Que el ardor mitigue,
Que el consuelo vierta,
Soledad terrible,
Soledad doquiera:
Viento que calcina,
Sol que desalienta.
Al fin la jornada
Concluída queda,
Y el descanso viene
Tras fatiga extrema.
Mas, de tanta angustia,
Como en recompensa,

Cuando esas regiones
Pisa el niño apenas,
Con él, deslumbrante
La verdad penetra,
Y sus falsos dioses,
Su esfinge altanera
Mira Egipto hundirse
Bajo sima negra,
De sus pedestales
De oriental grandeza
Derrocados, rotos,
Sin valor ni fuerza,
Pregonando al mundo
Con mortal sorpresa,
Que el Divino Verbo
Descendió á la tierra.

VI.
REGRESO.

¡Qué dulce es tornar al suelo
Donde corrió nuestra infancia,
Donde aun vive la fragancia
De los recuerdos de ayer;
Donde nacimos dichosos,
Y donde llanto vertimos
Cuando apenados partimos
Pensando solo en volver!

Desde que orean nuestras frentes
Sus céfiros, con dulzura,
Late el pecho de ventura,
Se dilata el corazón.
Y, como en tropel risueño
De seductoras visiones,
Ricas, tiernas ilusiones
Nos hablan con efusión.

Aquí, al pié de la palmera
Brotó el labio balbuciente,
La expresión siempre elocuente
Que anuncia el primer amor.
Aquí, al rodar del arroyo,
Fruto de inmenso cariño,
Abrió sus ojos el niño,
Por primera vez, al sol.

¿Dónde hallará el desterrado
Notas de blanda harmonía,
Que traduzcan la alegría
Del himno que alza en su ser?
¡La patria!.... en ella se encuentra,
Pisa su tierra bendita,
Y: "Salud," el labio grita,
Y el alma dice: "placer."

¡Cómo bendice los valles
Que ve resaltar lejanos!
Y en los collados lozanos
¡Cuál se fija su mirar!

Allí está el cielo nativo,
Allí la pobre cabaña,
Que, á torpe ambición extraña,
Vió su vida deslizar.
  María, postrada de hinojos
Rinde á Jehová, en dulce acento,
De intenso agradecimiento
La expresión tierna y leal.
Con su esposo, con el hijo
Que crece en santa hermosura,
Se ve tranquila y segura
En la tierra paternal.
  La Pascua llega, y caminan
Hácia la ciudad sagrada,
La tierra de Dios amada,
La régia Jerusalem.
Allí la fé los conduce,
Y cansados peregrinos
Ante sus muros divinos
Llegan buscando sostén.
  La ciudad de los Profetas,
La Sión de grandes reyes,
La que conservó las leyes
Que á Moisés dictó el Señor,
Aparece ante sus ojos,
Como reina de hermosura,
Con su altiva vestidura,
Con su brillante explendor.

La de los montes señora
Por los cielos escojida,
La que de poder henchida
De Norte á Sur dominó;
Despliega ante ellos su pompa,
Como augusta soberana
Que, en manto de oro y de grana,
Sus nobles formas veló.
Sus maravillas contemplan,
Y triste presentimiento
Les inclina al sufrimiento
El Calvario al divisar;
Mientras en el ancho templo
Que el alto Adonai habita,
Oyen al grave Levita
Sus salmodías entonar.
Más, ¿adónde hay goce inmutable?
¿En qué limpio firmamento
No arroja, al pasar, el viento
Nube preñada de horror?
¿En qué ignorado sendero,
Por donde el hombre camina,
No halla, inclemente, una espina
Junto á una cándida flor?
El hijo de sus entrañas,
El que forma su ventura,
El que con dulce ternura
Llena sus días de ilusión;

Se ha perdido, no le encuentran,
Y afligidos y llorosos
Le buscan ambos esposos
Con terrible agitación.
¿Dónde estará?—"Caminante,
¿No has visto á mi hijo adorado?
¡No habeis á Jesús hallado,
Lindas hijas de Salén?"
Así los tristes preguntan
Con inquietud manifiesta,
Y nadie les dá respuesta,
Y sigue ausente su bien.
Tres días de angustia, tres noches
De horrible y fatal desvelo,
Tres días de clamar al cielo
Sin su encanto descubrir.
Llanto amarguísimo, ardiente,
De sus ojos raudo brota,
Y parece que se agota
Con la pena su existir.
Al fin le encuentran, la nave
Le cubre del Santo Templo,
Raudal de ciencia y de ejemplo
Vierte su labio infantil.
Y los sabios, los doctores
De la antigua ley escrita,
La predicación bendita
Oyen con ánsia febril.

Jesús, niño, resplandece
Como la antorcha del día,
José y la pura María
Le contemplan con amor.
Después inclinan la frente,
Y ante el Hijo enagenados,
Bendicen, allí postrados,
Los decretos del Señor.

VII.

BAUTISMO.

SONETO.

Voz que en el seno del desierto clama:
"Acercaos del Jordán á la ribera,"
Repite el Precursor con voz severa
Que al sacramento que redime llama.

Jesús, que en fuego celestial se inflama,
Ante Juan llega, póstrase y espera,
Y agua en que el sol del Asia rebervera
Sobre su pura frente se derrama.

El cielo entreabre su azulino manto;
Como paloma cándida desciende
Espíritu inmortal tres veces santo.

Absorta la Natura se suspende,
Y "Este es el Hijo de mi amor, mi encanto,"
Dice una voz que los espacios hiende.

VIII.

BODAS DE CANAAN.

Es el festín nupcial. Dulce algazara
Se alza y creciendo va vibrante y clara,
Como un eco gigante de placer.
Y en modestos triclinios recostados,
Ríen con tierno amor los desposados,
A quienes agasajan por doquier.

Frutas, vinos, manjares olorosos,
Cambian á cada instante deliciosos;
Todo es deleite y bienestar allí.
En tanto que, alegrando los semblantes,
Rueda en vasos ligeros, espumantes,
El zumo de las viñas de Engandí.

Súbitamente el entusiasmo cesa,
Y en un instante en la animada mesa
Reinan silencio y pena y confusión.
No hay vino, están las ánforas vacías,
Y callan las ruidosas alegrías
Y no se alza sonora una canción.

María, estrella de amor, la Virgen pura,
Junto á Jesús, radiante de hermosura,
Se asienta con serena magestad.
Mira en torno cundir el desconsuelo,
Se vuelve al Hijo con amante anhelo,
Y "Atiéndelos," le dice en su bondad.

—"Mujer, aun no es mi hora; aun no ha llegado
El instante en que brille revelado
El poder de mi Padre espiritual,"
Jesús responde, y sigue meditando,
En su divina frente destellando
La luz de un pensamiento celestial.

—"Haced lo que El os diga," confiada
La castísima Madre inmaculada
Con acento de amor vuelve á decir:
—"Llenad de agua esas hidrias, diligentes,"
Ordena el Salvador á los sirvientes
Que el mandato se aprestan á cumplir.

Y las hidrias de piedra rebosando
Se van de roja espuma colorando;
Fermenta en sus entrañas el licor,
Y el agua allí encerrada al punto toma
El gusto delicioso y el aroma
Del vino puro de oriental sabor.

—"¡Milagro!" los alegres convidados
Exclaman de placer enagenados,
"Jamás diera tal nectar nuestra vid."
Mientras los que el prodigio presenciaron,
Creyentes y de hinojos adoraron
Al Santo de la extirpe de David.

Nace la ley de amor santificando
Con un alto portento el yugo blando
Que consagra el cariño conyugal.

Y entre la admiración más ardorosa
Celebrando al esposo y á la esposa,
Siguen las dichas del festín nupcial.

IX.

VENDEDORES

EN EL TEMPLO.

Los pórticos del Templo no conservan
Su augusta y misteriosa soledad,
Porque turba de avaros mercaderes
Vino en ellos sus tiendas á plantar.

Allí venden el cándido cordero,
La oveja de blancura virginal,
La pintada ternera y la paloma
Que inocente se inmola ante el altar.

Jesús los vé, de indignación sublime
Siente encenderse la divina faz
Y: "Esta es la Casa de Oración, exclama,
¿Por qué la habeis venido á profanar?

"Huíd, huíd del Templo de mi Padre,
Que no lo manche vuestra sed rapaz."
Y con látigo en mano los arroja
De los atrios gloriosos de Jehová.

Huyen los codiciosos vendedores
Con las ganancias de su torpe afán,
Y recobran los pórticos del Templo
Su augusta y misteriosa soledad.

X.

MUJER DE SAMARIA.

Junto al pozo de aguas vivas
Que, dulcemente cautivas,
En el fondo se adormecen,
Bajo las palmas y olivas
Que en torno agrupadas crecen,
Herido por el calor,
Prosiguiendo sin aliento
La santa empresa de amor,
De piedra en rústico asiento
Se reclina el Redentor.
Limpio y claro el mediodía,
En flotantes tornasoles
Su lumbre á la tierra envía,
Y la atmósfera vacía
Arde en visos y arreboles.
Por la senda que encamina
A la inmediata Sicar,
Una mujer se avecina
De hermosura peregrina,
De suave y gracioso andar.
Tez morena, la cintura
Como el lirio de Judea
Que con las auras ondea,
Y mirada en que fulgura
La ardiente pupila hebrea.

Mueve la planta ligera
Y al pozo risueña va
Do el agua fresca la espera,
Que á calmar la sed más fiera
Allí convidando está.
Mira á Jesús, y al instante
Algo siente en su interior,
Misterioso, palpitante,
Que la inclina con temor
Ante su dulce semblante.
Con apacible sonrisa
La contempla el Hombre Dios,
Y entre el rumor de la brisa
Que apenas vuela indecisa,
Así conversan los dos:
—Dame de beber.—¿A mí
Manifiestas tal deseo?
—¿Y por qué lo extrañas, dí?
—Porque eres tú Galileo
Y yo en Samaria nací.
—Si el don de Dios conocieras,
Y con quien hablas supieras,
Tú el agua habrías pedido,
Y agua de vida tuvieras
Que el mortal no ha conocido.
—Si es el sitio tan profundo,
¿Cómo la sacas de él?
¿Eres tú más en el mundo

Que el esposo de Raquel
Que abrió este pozo fecundo?
—Quien aquí venga á calmar
La sed que le agobia ardiente,
No espere alivio encontrar,
Que en mis aguas solamente
Puede su sed apagar.

Y esas aguas en su seno
Formarán un manantial
Puro, tranquilo, sereno,
Siempre rebosante, lleno
Hasta la vida inmortal.

—Dame de esa agua, la pido
De sed abrasada, sí;
¿Do está el raudal escondido?
—Vé á llamar á tu marido
Y vuelve con él aquí.

—Si no le tengo Señor.
—Bien dices; con ciego ardor
Cinco estrechaste á tu pecho,
Y no lo es el que hoy tu lecho
Mancha con su torpe amor.

—¡Ah, Señor! Si eres Profeta
Alumbra mi mente inquieta
Con verdaderos fulgores,
Y destruye los errores
A que se encuentra sujeta.

Nuestros padres adoraron
En el monte Garisin,
Dime tú si se engañaron
Cuando no sacrificaron
De Salén en el confín.
—Ni en el monte ni en ciudad:
Son ya los tiempos llegados
Que en espíritu y verdad
Adorareis prosternados
Del Padre la magestad.
Lo que adorais no sabeis,
Del judío que aborreceis
Ha de venir la salud,
Y al Padre conocereis
En conciencia y en virtud.
—No ignoramos que los días
Se están abreviando ya
Para venir el Mesías,
Y el deseado explicará
Las antiguas profesías.
—Mujer, el cielo cumplió
Su promesa salvadora,
Y para el hombre sonó
De su redención la hora:
El esperado Soy Yo.
Y la mujer á su gente
Vuelve, diciendo afanosa:
—Aquí está un hombre eminente

De cuyo labio elocuente
La eterna verdad rebosa.
El de toda una existencia
Ha descorrido los velos:
¿Será el Dios cuya presencia
Se anunció á nuestros abuelos
Como una gloriosa herencia?
Venid antes que en la altura
Reine la noche fugaz;
Vereis una frente pura
Donde brillan con dulzura
La Omnipotencia y la paz.

XI.

SERMON DE LA MONTAÑA

Y seguido de turba numerosa
Subió Jesús á la áspera montaña,
Que allá de Cafarnaum en los confines
Sobre verdes praderas se levanta.
De los extremos de Judea camina
Para escucharlo muchedumbre varia;
Y hasta de Tiro y de Sidón lejanos
Vienen en pos de su inmortal palabra.
El sol ardiendo en medio del espacio
Vierte en la tierra su raudal de llamas,
Ni un eco vago en la extensión se agita
Y hasta parecen dormitar las auras.

De pié sobre la cima, el Nazareno,
Como el cedro gigante, se destaca,
Y cual dispuesto á remontarse al cielo,
Se le mira en la cúspide elevada.

Abre su labio, y la doctrina pura
Que regenera el corazón derrama,
Y cual la cifra sobre el mármol terso,
En el que escucha, con amor se graba.

"¡Ah! Bienaventurados en el duelo
Los que pobres de espíritu se llaman;
Porque el temor de Dios alimentaron
Y de ellos es la gloria soberana.

"Y bienaventurados los humildes,
Los mansos, los que limpios de arrogancia
Al cabo poseerán la tierra entera
Donde hoy se posa tímida su planta.

"Los que en la soledad del infortunio
Lloran y nadie restañó sus lágrimas;
Porque para ellos bajará el consuelo
Como lluvia bendita sobre el alma.

"Los que hambre y sed padecen de justicia
Y en el mundo del vicio no la alcanzan,
Y hartos serán, cuando su ardor se apague
De la virtud en las tranquilas aguas.

"Sí, bienaventurados los que abrigan
Misericordia dulce y sacrosanta,
Para todos los males de la vida;

Porque ellos la tendrán en abundancia.
"Los que de corazón casto y sencillo,
Como el armiño, por el suelo pasan
Sin que se manchen en su fango impuro,
Porque de Dios verán la faz sagrada.
"Los que viven de paz y mansedumbre,
Los que no sienten rencorosa saña,
Hijos son predilectos del que dijo
A la criatura de sus manos:—Ama.
"Y bienaventurados los que sufren
Persecución por la justicia sacra;
Porque es de ellos el reino de los cielos
Y allí la recompensa les aguarda.
"¡Cuan dichosos sereis cuando este mundo
Os maldiga y execre por mi causa!
Alegraos, que mi Padre ya os prepara
De la victoria la eternal guirnalda.
"Sois la sal de la tierrra, la luz viva
Que las tinieblas del error aclara,
Y para iluminar el Universo,
Y hasta el inmenso abismo, fué creada.
"No se puede ocultar á ojo ninguno
Ni del velo á través de la distancia,
La espléndida Ciudad que en alto monte
Edificó la voluntad humana.
"Así brillen do quiera vuestras obras,
Y gloria den, incienso y alabanza

A vuestro Padre que es y será siempre
De los cielos sin término el monarca."

Al acercarse al encendido Cáncer
El sol su fuego á nuestra esfera lanza,
Y evapora los lagos cristalinos,
Agosta y seca las flexibles plantas.

La tierra yerma, en su interior sepulta
De la cosecha la simiente cara,
Y el feliz riego de la altura espera
Para su pompa desplegar lozana.

Un día, sobre el azul del firmamento
Las nubes se amontonan, desatadas
Rompen su seno, y la fecunda lluvia
Como torrente desbordado baja.

La tierra palpitante, humedecida
Abre, para sorberla, sus entrañas,
Y la recibe con ternura amante
Y en sus corrientes con placer se empapa.

Así las frases del saber supremo
Anhelantes reciben esas almas,
Con la verdad eterna se alborozan,
Como un tesoro sin igual las guardan.

Y en tanto el día sereno resplandece,
Ni un celaje veloz su albura mancha,
Y ni un sonido repercute el viento,
Y hasta parecen dormitar las auras.

XII.

MAGDALENA.

Como la tentación es hechicera
María la de Magdalo;
Nada es junto á su boca purpurina
La flor de los granados.
El oro se avergüenza al ver su rica
Madeja de cabellos,
Y las auras que vierten blando aroma
Lo beben de su aliento.
Gentil, irresistible, seductora
Las almas avasalla,
Y en su frente blanquísima, del vicio
Lleva la infame marca.
Y triunfa; y sedas y brocados cubren
Sus delicadas formas,
Y al mirarla pasar el mundo dice:
—"Esa es la pecadora."
Torrente de aguas puras que arrebata
Cuanto encuentra á su paso:
Raudal que un hermosísimo reguero
De flores va dejando:
Luz que ilumina con fulgor bendito
La oscuridad del alma:
Semilla que, brotando cubre el mundo
Con bienhechoras plantas;
El Evangelio nace; por doquiera

Del Profeta divino
Se escucha la palabra redentora
Del que padece alivio.

Las turbas á su paso se atropellan;
El niño y el anciano,
La virgen y la madre tras El marchan
Pendientes de sus lábios.

Como suave rocío que de la noche
Sobre los lirios baja,
Al seno de María llegan los ecos
De la palabra santa.

Y se turba, se aflije, se estremece,
Y su pasado mira,
Y siente horror al ver ante sus ojos
Lo que fuera su vida.

Y corre ansiosa del Mesías en busca,
Y en festin animado
Unge sus plantas con el óleo rico
Del oloroso nardo:.

Las baña con sus lágrimas ardientes,
Las quema con sus besos,
Y las enjuga con el manto undoso
De sus luengos cabellos.

Allí soporta humilde los ultrajes
Que arrojan á su frente,
Los que hundida la vieron en la sima
De impúdicos deleites.

Y se levanta cuando el dulce acento
De Jesús, generoso:
"Levántate, le dice: porque amaste,
Mujer, yo te perdono."
Y aquel inmenso corazón que ardía
En hoguera de amores,
Un solo amor alimentó incesante,
Puro, encendido, noble.
Luz de su vida, de su alma esencia,
De su espíritu aliento,
Amó á su Redentor, lo amó cual aman
Los ángeles del cielo.
La cruz que alzó del Gólgota en la cumbre
La vil deicida turba,
La vió abrazada del sangriento leño
Gimiendo de amargura.
Y la belleza que adoró en un tiempo
Las galas, los perfumes,
Que al pasar en el carro del pecado
Holló deber, virtudes;
Cubrió de harapos su precioso cuerpo,
Su frente de ceniza,
Y encerró en negra gruta solitaria
Sus amantes delicias.
En su amor inefable extasiada,
Su espíritu inflamado
Al amor consagró, todo su aliento,
Y al cielo subió amando.

XIII.

EN EL MAR.

Cierra la noche sobre el mar sombrío,
Y las olas indómitas, cansadas
De su empuge titánico bravío,
Ni lamentarse pueden fatigadas.
Ambiente suave, refrescante, frío,
Tiende apenas sus alas delicadas,
Duerme el turbión, y baja la marea
Besa débil la arena galilea.

El cielo obscuro como negro espejo;
La gigante extensión del oceano
No retrata en sus aguas el reflejo
De algún lucero pálido y lejano.
Alguna nave larga el aparejo
Para llegar al puerto más cercano,
Y no emprende su vuelo la gaviota,
Ni alza el alción su penetrante nota.

De pronto el huracán brama sañudo
Y levanta las olas espumantes
Que entre sí chocan con empuje rudo,
Y se alzan al espacio amenazantes.
En pobre barca con espanto, mudos
Y pánico mortal, agonizantes
De Jesús los discípulos queridos
Sobre el inquieto mar se hallan perdidos.

"Sálvanos ¡oh Maestro!" conturbados
Claman los tristes con letal pavura,
Y sus lúgubres gritos angustiados
Se pierden en la líquida llanura.
Cuando hácia ellos miran asombrados
Venir del puerto celestial figura
A quien circunda claridad divina
Y sobre el agua, sin dudar, camina.
"Un espectro," prorrumpen, y harmonioso:
"Soy yo, miradme bien," suena un acento
Que vuelve manso el mar tempestuoso
Y dobla la cerviz del recio viento.
Es Jesús que se acerca magestuoso
Andando sobre el túrbido elemento,
Y entra en la barca que triunfante oscila
Para su marcha proseguir tranquila.

XIV.

TRANSFIGURACION.

Del Tabor régio á la elevada cumbre
Sube Jesús con grave continente,
Cuando del mediodía la roja lumbre
El suelo quema como lava hirviente.
Con El, penosamente
Pedro, Santiago y Juan, fieles amigos,
Arriban á la cima solitaria,
Y van á ser testigos

De su bendita espiritual plegaria.
  De pronto á sus miradas aparece
De celestial grandeza revestido,
Como el sol su semblante resplandece,
Como la nieve es blanco su vestido,
        Su cuerpo circuido
De luminosos rayos, centellea
Como el cobre fundido entre la llama,
        Y su cabello ondea,
Como haz de luz que claridad derrama.
  A su lado Moises, el gran Caudillo,
Se muestra con la frente iluminada,
Y Elías también está, de noble brillo
Cubierta la figura venerada.
        Nube de luz formada
De improviso los cubre con su manto,
Y una voz de suavísimas cadencias
        Pronuncia: "Es mi Hijo Santo
Objeto de mis tiernas complacencias."
  Los discípulos miran sorprendidos
Sin comprender la misteriosa escena,
Y luego de pavor sobrecogidos
Fallecientes se postran en la arena.
        Jesús, con faz serena
Se acerca cariñoso, los levanta,
Fortalecidos su camino emprenden,
        Y con callada planta
De la montaña á la Ciudad descienden.

XV.

MULTIPLICACION DE LOS PANES.

Abrasante el calor de medio día
Incendia del desierto la llanura,
La arena rebervera,
Ni un soplo de aire envía,
Y ni una nube en la azulada altura
Templa del sol la hoguera;
Cuando Jesús pasando el ancho lago
De su pueblo seguido,
Que èscucha su palabra embebecido
Con indecible halago,
A predicar comienza, y silenciosas
Van las horas corriendo presurosas.
No de pan vive el hombre solamente,
En sus lecciones el Maestro dijo,
Y en cuyos labios la verdad se encierra;
Y de la absorta gente
Al espíritu fijo
Ni hambre ni sed le mueven dura guerra.
La plática del cielo le alimenta
Más que los granos de oro
Que alza al viento sonoro
En el trigal la espiga tremulenta;
Mientras con leve planta
El crepúsculo incierto se adelanta.

"Dad algún alimento
A esas turbas que escuchan," bondadoso
A los suyos, Jesús, les dice amante.
—Nada hay, Señor, responden al momento.
—Buscad y encontrareis, que generoso
El Padre Eterno os lo pondrá delante.
Tres peces, cinco panes, y á bandadas
Las tribus hormiguean en la llanura,
Y ¿qué puede ofrecer la tierra dura
De aquellas soledades agostadas?
Nada, nada aparece
Y la ansiedad y el desaliento crece.
Cinco mil congregados
Están en la extensión seca y vacía,
Cinco mil y la tarde va muriendo;
Callan aquellos labios abrasados,
Mas no cesa un instante la agonía
Que siguen los apóstoles sufriendo.
"Traed los cestos" el Mesías exclama;
Los toma, los bendice por su mano,
Y ¡oh prodigioso arcano
Que más el pecho del creyente inflama,
Crecen y crecen al poder bendito
Hasta alcanzar un número infinito!
Todos con ellos sacian anhelantes
El encendido ardor que los devora,
Todos ya satisfechos se retiran.
Y cestos bien henchidos, abundantes,

Que prodigó la mano bienhechora
Volver á la Ciudad las turbas miran.
Pero más que ese próbido sustento
Para el cuerpo, es la fé para las almas,
Que ganan á sus luces nuevas palmas
En donde el Evangelio toma asiento:
Y siguen á Jesús, y su doctrina
Al difundirse más, más ilumina.

XVI.
LA ADULTERA.

SONETO.

Llega á Jesús horrible vocerío
Que levanta la turba alborotada,
Conduciendo á la presa infortunada
Que ya reclama su furor impío.

—¿Quién sois y qué quereis? con poderío
Pregunta el Salvador, y en voz airada:
--Dar la muerte, responde, á esta cuitada,
Con gritos estruendosos, el gentío.

—Quien esté de vosotros sin pecado
Sobre ella tire la primera piedra,
Habló el Señor y enmudeció la gente.

El pueblo confundido, avergonzado
Huye de aquel acento que le arredra,
Y libre la infeliz alza la frente.

XVII.

EL CIEGO DE NACIMIENTO.

SONETO.

Sentado está á la orilla del camino,
Hundido en noche eterna y dolorosa,
Que á no mirar del sol la faz radiosa
Le condena la ley de su destino.

Pasa el Señor, que á redimirnos vino,
Y el triste, con la fé más ardorosa:
—Jesús, exclama en súplica angustiosa,
Jesús, llégate á mí, Nuncio divino.

Jesús escucha el balbuciente ruego
Y pregunta con viva simpatía:
—¿Qué quieres? —Ver, contesta el pobre ciego.

Dulce mirada hasta su Padre envía,
Toca los ojos del enfermo y . . . luego,
Se abren á ver la claridad del día.

XVIII.

RESURRECCION DE LAZARO.

¿Qué voz de intenso duelo
Por la extensión vacía,
Revela el desconsuelo,
Revela la agonía

De corazones férvidos
Que estallan de aflicción?
Murió, murió el hermano
Que en días de bienandanza,
En el hogar, ufano
Sembraba la esperanza,
En el hogar que envuélvese
En fúnebre crespón.
Betania está de luto,
La aldea de los palmeros
Rinde al dolor tributo
Con ayes lastimeros,
Y busca en vano á Lázaro
Que yace en su ataúd.
María sensible y Marta
Le lloran afligidas;
La angustia no se harta
De atormentar sus vidas,
Y velan entre lágrimas
Su hermosa juventud.
Jesús regresa amante,
Las mira consternadas,
Y al ver en su semblante
Las penas retratadas,
Se aflige, y melancólico
Se entrega al padecer.
—Señor ¿en dónde estabas?,
Las tristes dicen luego,

Que tierno no escuchabas
Nuestro ferviente ruego,
Cuando doliente y lánguido
Le vimos fallecer.
Si hubieras aquí estado
El triste viviría,
Habrías mitigado
La enfermedad impía
Que nos quitó al que amábamos
Con indecible ardor.
Jesús da tregua al llanto
Y dice conmovido:
—Calmad vuestro quebranto,
No ha muerto el ser querido;
Llevadme á donde exánime
Descansa en su Hacedor.
La losa funeraria
Se muestra ante sus ojos;
La ofrenda solitaria
Cubriendo los despojos
Se ostenta allí, cual símbolo
Del fraternal afán.
—Quitad la losa dura,
Que en la región sombría
Penetre dulce y pura
La claridad del día,
Y á vida más espléndida
Los restos se alzarán.

—Señor, si ya reposa,
Tras dilatados días,
De la callada fosa
Entre las sombras frías,
Y del cadáver rígido
Se exhala mal olor.
—Quitadla, dulcemente
Pronuncia el que es la vida,
Y al punto diligente
La turba reunida
Quita la inmóvil lápida
De la mansión de horror.
Allí, en eterno sueño
Durmiendo está el hermano:
Sobre su helado ceño
Pasó la yerta mano
La parca que su espíritu
Del cuerpo separó.
De fuertes ligaduras
Se mira rodeado;
En vano esencias puras
Sobre él han derramado;
De muerte el soplo fétido
Tan solo allí reinó.
Al verle, torna el llanto,
Redóblase la pena,
Cuando el acento santo
Con magestad resuena,

Y,—Lázaro, levántate,
Se escucha por doquier.
Al punto el macilento
Cadáver se incorpora;
De vida el suave aliento
Su yerta faz colora,
Y empieza con pié trémulo
La estancia á recorrer.
"Milagro," ansiosos gritan
Al verle caminando,
Hácia él se precipitan
Sus manos estrechando,
Y en torno se alzan cánticos
Del júbilo más fiel.
Y entre esas voces puras
Que, cual quemado incienso,
Suben á las alturas
Con entusiasmo inmenso:
"Hossana, se oye, al Inclito,
Al Santo de Israel."

XIX.

ENTRADA A JERUSALEM.

Así como la esposa
Se adorna diligente
Para esperar al hombre
Que es dueño de su fé;

Así de galas ricas,
De palmas y de flores,
En día de primavera
Revístese Salem.
Aquel que dá la vida
Con su palabra santa,
Que acalla las tormentas
Y que serena el mar;
Que al cuerpo, de la tumba,
Ya exánime levanta;
Que al ciego le da vista
Y al mudo voz le dá;
Se acerca á la brillante
Ciudad de los Profetas;
Muy pronto de sus lindes
Las puertas franqueará,
E inquieta muchedumbre
Le espera alborozada
Para cubrir de flores
La senda que hollará.
Ya llega; roja túnica
Su cuerpo santo envuelve;
Su manto airoso flota,
Como el espacio, azul.
Sus ojos están llenos
De amor y mansedumbre,
Y brota de su frente
La redentora luz.

Tranquilamente avanza;
La multitud sus ropas
Bajo sus plantas tiende
Con férvida emoción.
"¡Hossana!" á una voz grita
Con entusiasmo inmenso:
"¡Hossana al que en el nombre
Nos viene del Señor!"

Y agítanse las palmas,
Los himnos se suceden,
Los vítores atruenan
La etérea inmensidad;
Y, entre su grey querida,
Jesús lleva triunfante
Sus pasos, á una muerte
Que al mundo salvará.

Tú, al fin, turba deicida
Coronarás sus sienes
De rígidas espinas,
Con bárbara crueldad.
En vez de aclamaciones,
Con rencorosos gritos,
La Cruz ignominiosa
Para El reclamarás.

En pago de esos mantos
Que á su camino arrojas,
Sus castas vestiduras

Le quitarás cruel,
Y un sol de intenso fuego
Sobre el Calvario erguido,
Contemplará indignado
Su triste desnudez.

XX.

LAVATORIO.

¿Eres tú el Omnipotente
A cuyo *fiat* soberano
Surgió gentil, explendente,
Como hechura de tu mano,
En seis soles la Creación?
¿Eres tú el Dios irritado
Vengador y justiciero,
Que encerró en el mar salado
Al caballo y caballero
Del altivo Faraón?

¿Tú el Invicto, el Increado,
El Jehová, Rey de los reyes,
Que á tu pueblo el muy amado
Le dictaste eternas leyes
Sobre el alto Sinaí;
Y á las tribus sin decoro
Que entonaron sus loores
Ante el vil becerro de oro,

Entregaste á los furores
Del acero de Leví?
¿Tú el que Eterno, Poderoso
Con Abraham en fiel alianza,
Le ofreciste generoso
Ricas tierras de bonanza
Que guardaban blanda miés?
¿Tú escondiendo, tú velando
Tus grandezas sempiternas,
Y de amor ejemplo dando
En la tierra te prosternas
De tus siervos á los pies?
¡Ah! Que tanto fué preciso
Para borrar la primera
Mancha que en el Paraíso
Á la humanidad entera
Trajo la culpa de Adán.
Quiso tu amor infinito
Vestir nuestra carne impura,
¡Tal ofrenda á tal delito!
Y arrancar á la criatura
Del dominio de Satán.
Y naciste entre dolores,
Y has pasado por el mundo
Mitigando sinsabores,
Dando vida al moribundo,
Pan á todos celestial.
Luz has sido en las tinieblas,

Y ese mundo endurecido
Sepultado en densas nieblas,
Conocerte no ha querido,
Ciego estando por su mal.

Ya cercana tu partida,
Prestas las penas crueles,
De pasión la copa henchida,
Triste llamas á tus fieles
Para darles un Adios.
Calmas con tus frases santas
Sus punzantes amarguras,
Agua llevas á sus plantas,
Y á lavarlas te apresuras
De tu gran misión en pos.

—Tú, Señor, el buen anciano
Pedro, dice confundido:
Tú con tus divinas manos
A este viejo desvalido
Lavarle los piés. .. ¡jamás!
—No es aún el día en que entiendas
Lo que solo el Padre sabe:
Tiempo habrá en que lo comprendas;
Si no quieres que te lave
Tú conmigo no serás.

—Lava entonces mi cabeza,
Cuanto quieras, cariñoso
Le contesta con presteza

El discípulo animoso
Que al Mesías glorificó.
—Al que limpio siempre ha estado
Con lo que hago es ya bastante;
Limpio es ora vuestro estado;
Mas no en todos el semblante
La pureza reflejó.

Torvo el rostro y la mirada
Judas en silencio escucha,
Dentro su alma desgarrada
Se sostiene horrenda lucha
En combate bien cruel.
Mas ni un músculo en su frente
Se retuerce ó se dilata;
Permanece indiferente;
La traición no se retrata
En el rostro del infiel.

—Lo que hoy hago con vosotros,
Atended á lo que os digo,
Practicadlo con los otros,
Con el rico y el mendígo;
Tras mis huellas caminad.
Duro escarnio á vuestro paso
Hallaréis y amargo duelo;
Mas seguid hasta el ocaso
Enseñando sobre el suelo
La paciencia y la humildad.

Será el último el primero,

Al maestro semejante
El discípulo sincero;
Y serán ya en adelante
Unos, amo y servidor.
Ley es esta de justicia
Que verdad y luz encierra;
Predicadla, y la codicia
De los grandes de la tierra
Correjid con tierno amor.

XXI.

ULTIMA CENA.

"Están cercanos los sangrientos días
Que señaló mi Padre Omnipotente
Para salvar al mundo delincuente,
Cumpliéndose las santas profecías.

"Id allá en la Ciudad, veréis á un hombre
Que una vasija lleva en la cabeza;
Marchad tras de sus pasos con presteza
Y para hablarle invocaréis mi nombre.

"Decidle que el Maestro os ha enviado,
Porque esta noche á celebrar se apresta
Del Cordero Pascual la sacra fiesta,
En el lugar que tenga designado.

"La respuesta que os dé traedme luego,
Que yo entre tanto con amor profundo,

Al Supremo Hacedor que me envió al mundo
Voy á elevar mi suplicante ruego."
  A dos de sus discípulos queridos
Así Jesús ordena con dulzura,
Y ellos, modelo de obediencia pura,
Hácia Salem caminan decididos.
  Horas después, en apartada estancia
Cena el Hijo de Dios, acompañado
De su escogida grey, del grémio amado
Que le sigue con ínclita constancia.
  Allí está Pedro, anciano venerable,
Futuro Jefe de la Iglesia Santa,
Cuyo encendido ardor nada quebranta
De espíritu creyente y fé inmutable.
  Allí está Juan, mancebo generoso,
En cuyo seno virgen, con terneza
Jesús reclina amante la cabeza,
Mientras su lábio le sonríe amoroso.
  Y allí Judas también; rencor eterno,
Codicia vil animan su semblante,
Sintiendo que en su seno palpitante
Hierven las furias todas del infierno.
  Jesús, con triste y sonoroso acento:
—"Hoy es el día postrer, clama angustiado,
En que me encontrareis á vuestro lado:
Ya el instante llegó de mi tormento.
  "Muerte horrible me espera y mi alma gime;
Pero mi Padre lo ordenó en su juicio,

Y me presto obediente al sacrificio
Que vuestra raza mísera redime.

"Lo que contrista mi ánima doliente
Es que uno de vosotros, un amigo,
Ha de entregar mi cuerpo al enemigo,
Por oro vil vendiendo al inocente.

"Pero ¡ay del mal Apóstol fementido!
Os lo digo en verdad, más le valiera
Que su alma entre las sombras estuviera.
Después anhelará no haber nacido.

Los discípulos quedan espantados
Ante revelación que les aterra,
Y de inquietud sufriendo cruda guerra:
—¿Seré yó?— le interrogan angustiados.

Pero el traidor apóstata, sin miedo:
—Maestro, pregunta, ¿á mí te dirigiste?
—Tú lo has dicho, Jesús responde triste,
Y Judas pierde su fatal denuedo.

Breves instantes síguense en que el alma,
Hundida en inquietud, debil respira;
Jesús tranquilo á sus leales mira
Y al punto cobran la perdida calma.

—Tomad, comed, mi cuerpo sin mancilla
Aquí os lo entregan con amor mis manos,
Y la eterna salud de los humanos
Está en el pan que entre mi diestra brilla.

Prenda es de mi cariño á los mortales,

Mi propia carne en su elemento encierra;
En él oculto me tendrá la tierra,
En él pongo el remedio á vuestros males.
  Los apóstoles callan asombrados
Sin comprender tan altas maravillas,
Y en el excelso Empíreo, de rodillas
Los ángeles las cantan extasiados.
  Otra vez el Ungido alza su acento,
Y el cáliz elevando con tristura:
—Bebed, clama también, mi sangre pura
Que es la sangre del Nuevo Testamento.
  Por vosotros aquí será vertida
Enrojeciendo el llano y las montañas;
Pero, cual río que brota en sus entrañas,
Mi sangre correrá vertiendo vida.
  En sus límpidas ondas purpurinas
Su sed ardiente apagará el que llora,
Y el alma que virtud sólo atesora
Allí delicias beberá divinas.
  Negra la noche por el cielo avanza,
Es hora ya de mi sufrir funesto:
Tú lo que hacer intentas, hazlo presto.
Del universo empiece la esperanza.
  Así el Cristo diciendo se levanta
Y al falso Apóstol compasivo mira;
Pero nada al traidor pavura inspira
Y á realizar su infamia se adelanta.
  Sueña en el oro vil su pensamiento,

Y contando afanoso su tesoro,
Sale á cubrirse de eternal desdoro,
A inundarse de atroz remordimiento.
La víctima sagrada con espanto
De él aparta los ojos celestiales.
Vé sollozando á sus amigos leales
Y le atormenta punzador quebranto.
—No lloréis más por mí, lo quiere el cielo,
Es vuestro bien mi muerte lastimera:
Mi amor constante os seguirá doquiera
Siendo vuestro fanal en este suelo.
La semilla inmortal de mi doctrina
Derramad por el mundo valerosos,
Que ella dará mil frutos majestuosos,
Más altos, sí, que centenaria encina.
Vuestro pan compartid con el hambriento,
Al desnudo ceded vuestro vestido,
Consuelos impartid al afligido,
Y sólo caridad sea vuestro aliento.
Predicad mi Evangelio: tras sus huellas
Proseguid hasta el fin de la jornada;
Que vuestra alma por él será elevada
Aun más allá del sol y las estrellas.
Y tú que bondadoso me cediste
Con voluntad amante tu aposento,
Mi Padre en la región del firmamento
El premio te dará de lo que hiciste.—
No puede decir más; gemido intenso

Se exhala de su pecho contristado,
Y triste parte de su grey rodeado
A consumar el sacrificio inmenso.
Al contemplarlo así, muda se asombra
De los querubes la legión divina:
Pasa el Cedrón, al Huerto se encamina
Y allí se pierde entre su augusta sombra.

XXII.
EL HUERTO.

Del seno de los mares, lentamente
La luna se levanta silenciosa,
La marea calma el ímpetu vehemente,
Y en el tranquilo solitario huerto
Que á las orillas del Jordan florece,
Desciende un rayo muerto
Que las nocturnas gasas esclarece.
¿Quién viene en alta noche
A turbar el misterio de las frondas?
¿Qué rumor se percibe tan callado,
Como el chocar de las dormidas ondas?
¿Quiénes llegan en medio las tinieblas
A visitar el Huerto que se envuelve
En un cendal fatídico de nieblas?
Es Jesús y los suyos. Gravemente
Mueve el Mesías la planta:
Ya de sus días el término se llega
Y su espíritu inmenso se quebranta.

¡Triste está hasta la muerte! Mas su Padre
En su inmutable voluntad lo ordena,
Y su amor á los hombres lo encadena.
Venga la muerte, venga el sacrificio;
Nada importa el horror de los horrores,
Si después del suplicio,
Con la sangre del Justo derramada
Se logra ver la humanidad salvada.
¡Cuán distinto se muestra
El divino Jesús de los hermosos
Instantes de su infancia deleitosos!
Su serena hermosura
Que dora el sol de juventud ardiente,
Velada de amargura
Se ostenta entristecida,
Y en su alta frente pensadora y pura
Idea se retrata,
Que del alma la paz y la ventura
En sus vuelos siniestros arrebata.
Es el reo que se acerca
Al Santuario terrible de las leyes,
Donde el rayo estridente del castigo
Vibra el grande Jehová, Rey de los reyes.
No es el Hijo querido
Objeto de las tiernas complacencias
El que allí se presenta confundido,
Sino el gran delincuente
Que todo el mal de un mundo corrompido

Sobre sí arroja, y ante el Juez severo
Aparece cargado
Con la maldad del Universo entero.
¡Sublime abnegación! Ora y solloza
De hinojos en la grama humedecida
Para aplacar la cólera celeste,
Al precio inmenso de su santa vida;
Y al ver el cáliz de pasión henchido
La débil carne tímida flaquea,
Y de su frente y de sus miembros todos
Sudor de sangre en derredor gotea.
Terrible padecer! Busca el consuelo
En sus fieles amigos
De sus prodigios y aflicción testigos;
Mas Pedro, Juan, Santiago indiferentes
Del Maestro á la fúnebre agonía,
Del dolor aliviando el duro ceño
Yacen en brazos de apacible sueño.
—Levantaos y velad; ya el enemigo
Se desliza con planta cautelosa,
Orad porque el espíritu despierto
Huya la tentación siempre engañosa.
Dice y torna á gemir; torna á su Padre
Ya sucumbiendo al íntimo quebranto,
Pidiéndole que aparte de su boca
El triste cáliz de ignominia y llanto.
Y la tenaz congoja más lo estrecha
En sus férreos anillos retorcidos,

Arrancando á su pecho que se rompe
Dolorosos quejidos:
Y vuelve el implorar, el incesante
Espantoso sufrir del alma vuelve,
Y otra vez el sudor, sudor sangriento,
Como manto de púrpura lo envuelve.
No puede más, al cabo se derrumba
Débil naturaleza
Rendida al desaliento y la flaqueza,
Y en padecer tan fuerte
A tierra viene como cuerpo inerte:

Brotando luz en medio de la sombra,
Circundado de hermosos resplandores,
Hermoso paraninfo rasga el viento
Trayendo desde el alto firmamento
Un consuelo al dolor de los dolores.
Levanta con amor á la sagrada
Víctima destinada al sacrificio;
Su bello rostro muéstrale propicio,
Y sostiene su espíritu y lo alienta
Porque ya cerca ruje la tormenta.

"Levantaos, con angustia indefinible,
Jesús exclama:—El lobo se aproxima,
Y ¡ay del rebaño tímido, inocente,
Que duerme descuidado....!"

Súbito resplandor baña la noche;
Llamas de antorchas y crujir de aceros

Llenan del triste Huerto los senderos,
Y se acerca al Señor armada tropa,
Tumultuaria, insolente
Con el traidor Apóstol á su frente.
"¿A quién buscais?" Con esa voz serena
De Jesus que al enfermo y al anciano
Daba alivio y consuelo en su honda pena,
Le pregunta á la turba enfurecida.
"Buscamos á Jesus."—"Yo soy," responde,
Y ante esa voz y á la actitud sublime
Donde de un Dios la magestad se esconde,
La multitud se postra confundida.
Entonces el traidor, el pervertido
Judas, el vil cuyo execrable nombre
Maldice en su extensión el Universo,
Se llega con fingida mansedumbre:
"Salud, Maestro," dice, y al semblante
Del Hombre-Dios acerca el impío labio,
Y un beso deja en él de eterno agravio.
A esta señal los legionarios viles
Se apoderan del ser más justo y pío
Que haya pisado el suelo;
Y entre el silencio augusto
Del ramaje sombrío,
El beso infame con fragor resuena.
Sus satánicos ecos
Al cielo se levantan,
Y un instante interrumpen los loores

Que alzan á Dios sus santos moradores;
Al par que penetrando por los huecos
Del Averno maldito,
Llevan al Rey precito
En su solio de horrores y de llanto,
Goces negros, impuros,
Que hacen temblar los calcinados muros
De la región del eternal quebranto.

XXIII.

PASION.

Rebosó el cáliz de hiel
Que preparado estuviera
Por la humanidad entera
Para el Justo de Israél.
De la pasión más cruel
Saltó impetuoso el torrénte,
Y la víctima inocente
Sufrió la ruda tormenta,
Que cual tempestad sangrienta
Estalló sobre su frente.

En vano el rey del Averno
Contra la obra redentora,
Con la ira asoladora
Luchó en su rencor interno.
¿Quién estorba del Eterno

Los mandatos soberanos?
Y de sus antros insanos
Las furias lanzó á campaña,
Para acrecentar la saña
De los verdugos tiranos.

Y el que al cadáver dió vida
Y mitigó los dolores,
El que abrió á los pecadores
Puerta de salud cumplida;
Entre turba enfurecida
Y entre fuertes ligaduras,
Agota las amarguras
Que ni el mayor delincuente,
Al ser castigado, siente
En horrorosas torturas.

"¿Eres hijo de Dios vivo?"
Preguntan infames Jueces
Que temblaron otras veces
Ante su hablar persuasivo.
Vuelve el sacerdote altivo
En su demanda á insistir,
Y, cuando harto de sufrir:
"Tú lo has dicho," dice el Santo,
El vil fariseo, de espanto
Falaz se siente cubrir.

E hipócrita, fementido,
De falso celo animado,

"Blasfemo!" prorrumpe airado
"Tú al Señor has ofendido."
Sus ropas rasga atrevido
Con un febril movimiento:
"¡Horror!" resuena en el viento,
Y algún sayón inhumano
Sobre el rostro soberano
Descarga golpe violento.

Pedro, el discípulo amado,
El que del Hijo del hombre
Glorificó el santo nombre
Cuando fuera interrogado,
Cobarde y amedrentado
Niega al Maestro divino,
Y otras dos veces sin tino
Desconoce al que ama tanto,
Antes que del gallo el canto
Anuncie al sol purpurino.

Rujen las chusmas impías,
Y con Anás adelante
Van al adúltero amante
De la impúdica Herodías.
Nuevo ultraje y agonías
Allí al justo le preparan,
Y loco ¡necios! declaran
Al que en doctrina inmortal,
Vertió la luz celestial
Que los hombres ignoraran.

Y cobarde el ofensor,
Y sin fuerza y sin valer,
Se va á los pies á poner
De su orgulloso opresor.
En su implacable rencor
Su misma patria olvidando,
Corre el ominoso bando
Que fuerte Tiberio doma,
A las águilas de Roma
Muerte y baldón reclamando.
"Es del César enemigo,
Mueve la masas artero;
Que Rey se nombra altanero
Un pueblo todo es testigo:
Si no le impones castigo
Eres al César traidor;"
Y vacilando el Pretor
Entre ambición y deber,
No duda al Justo poner
La marca del malhechor.
En vano Pórcia, la esposa:
"Ese hombre turbó mi sueño;
Salva su vida, es mi empeño,"
Le escribe tierna, afanosa.
A una columna afrentosa
Le ata sayón turbulento;
Comienza el trance cruento,
Y las varas inclementes

En las carnes inocentes
Dejan un surco sangriento.
Más que el hombre, lo impasible,
Lo que sin vida miramos
Y sin forma contemplamos,
Lamenta el ultraje horrible.
Natura llora sensible,
Llora el ángel en el cielo,
Los mundos están de duelo,
Y solo el fatal verdugo
Aferra el doliente yugo,
Que atormentar es su anhelo.
De retorcidos abrojos
Y espinas duras, corona
La noble sien aprisiona;
La sangre salta á los ojos;
Y en sus rabiosos enojos
El pueblo, del mundo escoria,
Con la púrpura irrisoria
Su burla atroz acompaña,
Y pone en su diestra, caña
En vez del cetro de gloria.
Y: "¡salve, Rey!" esa impía,
Torpe chusma amotinada,
Murmura desenfrenada
Con sacrílega ironía.
Y así, al resplandor del día
La víctima sale ya;

¿Qué pecho no moverá
El dulce rostro infelice?
"¡*Exe Homo!*" Pilatos dice,
Y él mismo apiadado está.

Mas ¿quién contiene la saña
De los que el averno inspira?
¿Quién el torrente retira
Que baja de la montaña?
Gritos de fiereza extraña
En tumulto atronador,
Repiten en derredor
El *cruxifícale* horrendo;
Y el Juez sucumbe temiendo
Las iras de su Señor.

Cónducta vil, cobardía
Que nunca olvida la historia,
Y que arroja á su memoria
La maldición más sombría.
Y tú, desdichado día
Que así al Santo viendo estás;
Que pronto lo encontrarás
En el suplicio inmolado,
Verás también espantado
Los triunfos de Barrabás.

Y no hay piedad; falleciente,
Dando al que lo mira asombros,
Va con la cruz en los hombros
El nuevo Isaac, tristemente.

Se inclina á tierra doliente
Por el peso que le oprime;
¡Cuánto sufre el que redime!
Y rendido al desconsuelo
Cae sobre el duro suelo
Y otra vez se alza sublime.
Al Padre cayendo invoca,
Y tres veces el soldado
Lo levanta despiadado
Mientras blasfema su boca.
Santa mujer con su toca
Enjuga el rostro divino,
Y ¡ah prodigio de amor fino!
La faz de sangre cubierta
Casi inanimada, yerta,
Se graba en el blanco lino.
¡Aun otro dolor! La hartura
Del sufrimiento no llega,
Cuando en mar sin fondo brega
Zozobrando la criatura;
Por la vía de la Amargura
El triste cortejo avanza;
En alas de la esperanza
Se acerca á su hijo María,
Y un soldado la desvía
Con el cuento de su lanza.
Lloran por El desoladas
Tiernas vírgenes judías:

"No lloreis las penas mías,
Llorad las vuestras airadas.
Horas vendrán desgraciadas
En que el fiero lejionario,
Desde el Pretorio al Santuario
Cenizas hará inclemente,"
Dice y toca con la frente
Las arenas del Calvario.

XXIV.

LA CRUZ.

Ya llega; la cumbre del Gólgota sube
Tras largo camino de angustia y dolor,
Su sien y sus plantas de sangre cubiertas,
Sus débiles hombros la cruz quebrantó.
Centuria romana le arrastra insolente;
Los héroes que al mundo supieron vencer,
Sus triunfos brillantes, su gloria olvidando
Del Justo escarnecen la pena cruel.
¡Miradlo! Fallece: sus ojos levanta,
Los fija en el cielo con triste expresión;
En tanto el sol quema las áridas rocas
Y se alza del polvo caliente vapor.
Su turbia corriente desliza entre arenas
Sin ruido en sus ondas, pesado el Jordán.
Abate la palma su copa ondulante,
Ni una ave el espacio se atreve á cruzar.

Natura, en silencio, de súbito espanto
Se siente oprimida mirando á Jesús;
Mil sombras de muerte se agitan en torno
Y espera temblando con viva inquietud.
Los ángeles dejan sus cítaras de oro,
Plegando sus alas callados están,
Y el coro divino no escucha el Empíreo
Que canta las glorias del grande Jehová.
Y allá en el Calvario las turbas furiosas
Desnudan al Santo que rinde el sufrir,
Y juegan sus ropas, y burlas y risas
En torpe algazara repite el confin.
Resuena en las rocas el son del martillo
El Cuerpo del Martir clavando en la cruz,
Que al golpe terrible los ojos entreabre
Y aun habla al verdugo de paz y salud.
Ya en alto levantan el sacro Estandarte,
Ya tiende sus zonas el íris de paz,
Ya queda erijida la Cruz redentora
Que al hombre asegura la vida inmortal.
Doliente, cubierta con fúnebre manto
Solloza á su planta la Vírgen de amor,
Y al leño abrazada la fiel Magdalena,
Lo inunda con llanto de inmensa aflicción.
Y Juan el constante discípulo amado
También sufre y llora, también está allí;
Mas nada en sus penas iguala á la Madre
Que al Hijo adorado contempla morir.

Los pálidos lábios el Cristo desplega,
No cesa en sus lábios la turba feroz,
Y, "¡Oh Padre, pronuncia, no saben lo que hacen,
Que baje sobre ellos tu excelso perdón!"
Horribles torturas padece el Ungido,
Su voz balbuciente clamó: "Tengo sed,"
Y el vil legionario que el Mártir perdona
Le acerca inclemente la mirra y la hiel.
Sufriendo el suplicio terrible, á su lado
Dos fieros ladrones clavados están;
Y el uno le implora: "De mí no te olvides."
"Hoy mismo en mi reino conmigo serás."
La vista nublada por velo de sangre
En torno dirige por última vez,
Y viendo á la Madre de llanto bañada
Su pecho oprimido se siente romper.
"Mujer, mira á tu hijo," le dice á María,
Y en ella una madre ya tiene el mortal:
"Mira, hijo, á tu Madre," repite al Apóstol
Que siente aliviarse su triste orfandad.
Se acerca el instante supremo en que el mundo
Consiga su eterna feliz redención:
Que el cuerpo divino sucumba á la angustia
Y vuelva á su gloria la esencia del Dios:
Mas antes al Padre se torna afligido:
"¿Por qué me dejaste, diciendo, por qué?"
Y luego con grito que al alma se arranca:
"¡Ya todo ha concluido!" doblando la sien.

En tanto la tierra comienza á moverse
Que ya el terremoto su seno agitó;
Las tumbas se rompen y el sol se oscurece;
Le falta á Natura su Eterno Hacedor.

XXV.

MUERTE.

SONETO.

Del exterminio al angel más severo
Manda el alto Hacedor con voz potente,
Que inmole á Jesucristo el inocente
De su fatal guadaña al golpe fiero.
Al escucharlo tiembla el mensajero
Y de sudor inúndase su frente;
Sobrecojerse de terror se siente,
Y suelta de sus manos el acero.
Después su vuelo fúnebre resuena
Hasta llegar al Gólgota sombrío,
Mira al Mesías y póstrase en la arena.
Hiérelo y huye; entonces: "Padre mío,
Clama Jesús rendido á su honda pena,
Recibe mi alma que á tus manos fío."

XXVI.

¡SOLEDAD!

Se extingue lentamente
Sordo murmullo que llenó el vacío,

Y se oye debilmente,
Como el rumor sombrío
Con que azota sus márgenes el río.
  Volviendo de su espanto
A respirar empieza la Natura,
Y en un silencio santo
Se mira con pavura
Despedazada por feroz tortura.
  El cielo despejado
Sus tétricas tinieblas va perdiendo;
Tras velo plateado
La luna va subiendo
Y sus pálidos rayos esparciendo.
  ¡Qué cuadro tan horrible
Alumbra su destello vacilante!
Al ser más insensible
Con un lloro abundante
El rostro le cubriera en un instante.
  Del Gólgota en la cumbre
Se levanta una Cruz abandonada,
Y al lánguido vislumbre
De esa luna callada,
De fresca sangre se la ve bañada.
  Envuelta en negro manto
A su pié una mujer inmóvil llora,
Y en su triste quebranto,
Pena desgarradora
Muestra que la atormenta y la devora.

Sus bellos ojos fijos
Enclavados están en el madero,
Que mil ayes prolijos
Le arranca lastimero
Como expresión de su infortunio fiero.

¿Quién es la que suspira
Y en medio de la noche se lamenta,
La que su vista gira
Y más se desalienta
Cuando se dá de su desgracia cuenta?

Es la tórtola viuda
Que en la arboleda exhala sus lamentos
Y dá su queja aguda
A los rápidos vientos,
Confidentes no más de sus tormentos.

Es la mística rosa
Nacida en el vergel de Palestina,
Que huérfana y llorosa
Sintiendo está una espina,
Que al yugo del pesar su frente inclina.

El ser que en sus entrañas
Llevára con solícito cuidado,
En las duras montañas
Ha muerto, atormentado
Por un pueblo inclemente y obcecado.

Vió su hermosa cabeza
Ceñida por cruelísimos abrojos,

Y miró con tristeza
Brotando, sin enojos,
Salobre mar de sus divinos ojos.
Lo vió de sed herido
"Agua," clamar con moribundo acento,
Y al soldado atrevido
Por sarcasmo violento,
Hiel ofrecerle con brutal intento.
Le vió espirar, orando
Por los que allí le daban muerte dura;
A su Padre rogando,
Rendido á la amargura,
Por sus verdugos mismos con ternura.
El sol nubló su frente,
Las sombras en el éter se extendieron,
Tembló el mundo impotente,
Las tumbas se entreabrieron
Y al suelo los cadáveres volvieron.
No lo vió en su desmayo,
Que ante el golpe fatal cayó postrada,
Como la flor de Mayo
Se doblega agostada
Si la toca al pasar ráfaga airada.
Muda, insensible, leda
Quedó en su lastimoso desconsuelo,
Como la madre queda
Cuando su hijo, su cielo
Se aleja de la tierra en raudo vuelo.

No intenteis consolarla,
Su dolor no es igual á otros dolores;
Podeis acompañarla
Sintiendo sus rigores;
Mas no intenteis calmar sus sinsabores.
¡Allí está! silenciosa
No sabe lo que busca ó lo que espera;
La peña cavernosa
Su queja lastimera
Repercute en sus senos plañidera.
Ya del Calvario parte
La faz volviendo triste y aflijida.
—¿Quién podrá consolarte?
Llora, Madre querida:
¡La redención del mundo está cumplida!

XXVII.
RESURRECCION.

SONETO.

"Hagamos ver al pueblo fascinado
Que ese impostor no se alza de la tumba,
Y que su falso imperio se derrumba
Bajo la losa del sepulcro helado."

Así clama el pontífice obcecado
Por el ódio cruel que en su alma zumba,
Y su blasfemia horrísona retumba
En el averno mismo amedrentado.

Manda cercar de guardia valerosa
Del Hombre Dios el túmulo distante,
Que vela una centuria cuidadosa.
El día tercero luce rutilante,
Un angel rompe la pesada losa
Y resucita el Salvador triunfante.

XXVIII.
DISCIPULOS DE EMAUS.

I.

Es Emaus pequeña aldea,
Verde y pacífico Eden,
Que, cerca á Jerusalem,
Entre la yerba blanquea.
Y allí viven entre flores
Y entre olivos y palmeras,
Nopales y enredaderas
Sus dichosos moradores.
Una tarde, sus senderos
Que alumbraba el sol poniente,
Cruzaban pausadamente
Conversando dos viajeros.
Con suaves tintas rosadas
Los rayos crepusculares,
Bañaban los olivares,
Las colinas elevadas.
Y hácia la aldea que veían.
Entre la bruma indecisa,

Nuestros viajantes á prisa
Y tristes se dirigían.
  Llevaban su ánimo herido
Y turbado el pensamiento,
Por grave acontecimiento
Hace póco sucedido.
  Jesús, el reformador,
Del mundo consuelo y luz,
Había muerto en una Cruz
Como infame malhechor.
  Y sus máximas divinas
Y su caridad inmensa,
Hallaron por recompensa
Caña y corona de espinas.
  Tal suceso comentaban,
Y cual discípulos fieles,
Ante esos recuerdos crueles
Entristecidos lloraban.
  —¿Cómo es posible, decían,
Se haya esa vida apagado,
En cuyo Oriente sagrado
Tantas verdades lucían?
  ¿No traía para Israel
La redención, la grandeza?
¿Quién calmará su tristeza?
¿Quién la hará grande sin El?
  Cuando su voz se apagó
Hallaron un peregrino,

Quien, sin saber por do vino,
A su lado se encontró.
Y con magestuoso acento
Preguntó:—¿Qué os ocupaba?
—El que de pasar acaba
Suceso horrible y cruento.
Por más que difícil sea
Ignores tú de esa suerte
Los martirios y la muerte
De Jesús de Galilea.

Si El era el Cristo, El Mesías
Que nos iba á redimir,
¿Cómo deja sin cumplir
Las antiguas profecías?
—¡Oh necios de corazón!
¿No sabeis que el sacrificio
Y la muerte y el suplicio
Acreditan su misión?

Luego su voz suave y pura
Fué mostrando, comprobadas,
Las verdades encerradas
En la Ley y en la Escritura.
Los misterios de Isaías,
Y los raptos de Ezequiel,
Las visiones de Daniel,
Los llantos de Jeremías;
Las sacras revelaciones
De Moises, del Rey Profeta

De cuya arpa de poeta
Brotaron tan tristes sones:

A su entendimiento abrió
Las puertas todas del cielo,
Y al ver descorrido el velo
Que ante sus ojos flotó;

Suspensos, maravillados,
Iban bebiendo á raudales,
Las verdades celestiales
Que escuchaban asombrados.

Y así absortos, caminando
Sin sentir la travesía,
Cayendo la noche umbría
Fueron al lugar entrando.

II.

Estancia pobre y modesta
Que débil lámpara alumbra
Casi hundida en la penumbra,
Descanso y techo les presta.

Allí frugal colación
Su diligencia previno,
Ansiando que el peregrino
Admita su pobre don.

Se sienta á su lado afable,
Y prosiguiendo en su idea:
—La paz con vosotros sea,
Dice con tono inefable.

Toma el pan entre sus manos,
Lo parte, y en el momento
Se ilumina el aposento
Con fulgores soberanos.

Y á la viva claridad
De que está Jesús cercado,
Le miran transfigurado
En su excelsa magestad.

--Es El, el Maestro, gritan
De placer enagenados;
Quedan en tierra postrados,
Luego á El se precipitan.

Pero no encuentran ya nada,
Desapareció el Ungido,
La luz también se ha extinguido
Y está obscura la morada.

—Le hemos visto victorioso,
Se repiten con ternura:
Vimos su noble figura
Llena de esplendor glorioso.

Y corren á la Ciudad
Diciendo entre gozo y llanto,
Que ha resucitado el Santo
Que salva á la humanidad.

XXIX.
SENO DE ABRAHAM.

Cercano al reino horrible del quebranto
Donde la noche sin medida impera
Y eterna es la blasfemia, eterno el llanto:
Donde la hermosa llama lisonjera
Conque los males la esperanza cura,
Ni en vago anuncio se miró siquiera;
Mansión existe tenebrosa, oscura,
Que en sombra impenetrable permanece,
Habitada del miedo y la pavura.
Allí la angustia matadora crece,
Y allí corre en tinieblas una vida
Que no se mide, que jamás fenece.
Camina en sucesión no interrumpida
Sin día, sin año, en espantosa calma;
Pero en profunda oscuridad hundida.
Y allí del justo en ansiedad el alma
La hora de redención está esperando,
Que á sus virtudes le traerá la palma.
Es el seno de Abranam, y en él morando
El Patriarca y su clara descendencia,
Por luz y salvación están clamando.
Allá el Padre común que á la influencia
Débil cedió de la mujer hermosa,
Lamenta su fatal desobediencia.

La que al mundo le fuera tan costosa,
Que la espantable muerte sobrevino
En la mansión amena y deleitosa.
Allá el Profeta que al furor divino
A las miradas de asombrada gente,
Descorriera los velos del destino,
Mora también, y el gran Varon potente
Que á su pueblo escogido abrió los mares,
Y en el desierto cristalina fuente.
Y el Rey cuyos magníficos cantares
Han llevado á los siglos y Naciones
Su expiación y sus íntimos pesares.
Mujeres inmortales y varones
Que en sus términos vió la Ley primera,
Y la escrita después en sus regiones;
Hasta el gran Precursor de vida austera,
Ese cuya cabeza venerada
Fué precio de los piés de una ramera. (*)
Aguardan suene la hora deseada
En que su Redentor descienda al suelo
Y los lleve á su espléndida morada.
Y en pos de la ventura y el consuelo,
Para abreviar el término ofrecido
Alzan sin tregua su oración al cielo.
"Señor, tú al Salvador has prometido
Que ha de volver á la infeliz criatura
La gracia celestial que hubo perdido.

(*) Quevedo.—Poema de Cristo resucitado.

"Cúmplase ya; que cese esta amargura,
Lluevan las nubes diáfanas al Justo,
Vierta en la tierra su rocío la altura.
"Y libres de congojas y de susto,
Deshechas estas nieblas horrorosas
Tu día miremos fulgurar augusto."
Y tantas esperanzas venturosas
Se cumplieron por fin; súbito estruendo
Resonó en las mansiones pavorosas,
Y á la par que el ruido fué muriendo,
Celeste resplandor lució radiante
Los crespones fatídicos fundiendo.
De redención feliz llegó el instante,
Y en el seno de sombras y de horrores
Entró luciente el Salvador triunfante.
Al punto sus dichosos moradores
Prorrumpen en: "Victoria, Hossana, Hossana!
Alabanza al Señor de los Señores.
El ha quebrado la cerviz insana
De la sierpe infernal. El la ha vencido,
Y libre es por su amor la raza humana."
De sus justos y arcángeles seguido,
Alza su vuelo el triunfador, dejando
El espacio de luces revestido.
La tiniebla su manto desplegando
Allí otra vez la eterna noche lanza,
Y en su antro oscuro sigue resonando
La sentencia de horror: *no hay esperanza*

XXX.
ASCENCION.

Con manto de gala cubre
Los campos la primavera,
Respira Natura entera
El aroma de la flor.
Las auras dicen amores,
Juntan sus copas las palmas;
Pero se inquietan las almas
Porque te alejas, Señor.

Rompe el sol con llama ardiente
El rico encage de hielo,
Que en la cumbre del Carmelo
Flotó con pálido albor.
Bajan al soto espumosas
Las desatadas corrientes;
Mas vierten sones dolientes
Porque te alejas, Señor.

Flores de pluma, las aves
Bordan cantando, el espacio,
Que su velo de topacio
Tiende con regio esplendor.
Baten sus menudos picos,
Trinan, revuelan y giran,
Y, sin embargo, suspiran
Porque te alejas, Señor.

Y es verdad; vuelves al Padre
Que te aguarda en su Santuario;
Pasó Belen y el Calvario,
Getzemaní y el Tabor.
El mundo está redimido,
A tu gloriosa carrera
Un trono de luz espera,
Y al fin te alejas Señor.

Las angélicas lejiones
Alzan su armonioso coro;
Vestes recamadas de oro
Visten de vário color.
De las eternas regiones
Crujen las lucientes puertas,
Y para tí están abiertas,
Y ya te alejas, Señor.

¿Qué será de la grey tierna
Que te acompañó en el mundo,
La que con gozo profundo
Bebió tus frases de amor?
¿Quién alumbrará su mente
Con las verdades del cielo?
¿Donde encontrará consuelo
Si tú te alejas, Señor?

Vagan con mortal congoja
Tus discípulos amados,
Y en llanto amargo bañados
Manifiestan su dolor.

La Virgen Madre amorosa
Está de amargura llena,
Y gime con Magdalena
Porque te alejas, Señor.

Oye sus tristes lamentos,
Mira su atroz desconsuelo,
Y no abandones el suelo,
Soberano Mediador.
Deja que flores divinas
Dé el mundo bajo tu huella,
Sigue siendo nuestra estrella
Y no te alejes, Señor.

Del Monte de los Olivos
Sin oirlos, te levantas,
Que pedestal de tus plantas
Ha sido para su honor.
Cruzas el rápido viento,
Alas te prestan las nubes,
Y subes triunfante y subes....
¡Cuánto te alejas, Señor!

Quedará sin luz el cielo,
Las suaves linfas de plata
No alzarán música grata
Ni cadencioso rumor.
Los céfiros por la selva
Irán quejas repitiendo,
É irá la vida muriendo
Cuando te alejes, Señor.

Como al nacer la mañana
Entre risas y entre halagos,
De los valles y los lagos
Se eleva blanco vapor:
Como la nube olorosa
Que en el místico sagrario
Se eleva del incensario,
Así te alejas, Señor.
Roja vestidura flota
En tu cuerpo inmaculado;
En tu diestra levantado
Luce el pendón vencedor.
No necesitas del ángel
Tener las rápidas alas;
Se abren las etéreas salas,
Y, al fin, te alejas, Señor.
Suspende el vuelo glorioso,
Porque aquí sin rumbo dejas
Solitarias las ovejas,
Que claman por su pastor ...
Pero el contorno radiante
De tu figura divina,
Se borra en la azul cortina.
¡Ya te alejaste, Señor!
Solo hasta el juicio tremendo,
Los aterrados mortales
De tus ojos celestiales
Contemplarán el fulgor.

Mas de las almas fervientes
Que con pura fé te adoran
Y siempre tu auxilio imploran,
¡Nunca te alejes, Señor!



INDICE.

DUE	RETURNED

